

PROBLEMAS DEL CONTACTO DE CULTURAS EN AFRICA

DESDE el punto de vista científico, la cultura no significa un gran refinamiento —afirma Lowie (1)—, sino el conjunto de tradiciones sociales». La cultura corresponde, en el sentir de Tylor, a «las aptitudes y los hábitos adquiridos por el hombre como miembro de la sociedad». El vago término «cultura» no es una unidad que signifique que todos los aspectos que le integran reposan sobre los mismos hechos históricos. No existe ninguna prueba que nos permita suponer que el desarrollo de la organización social, del arte, de la religión, haya seguido los mismos derroteros o estén, orgánica e indisolublemente, conectados. La cultura —en la opinión de Franz Boas— puede definirse como la totalidad de las reacciones físicas y mentales que caracterizan la costumbre de los individuos que integran un grupo social colectiva e individualmente en relación con su ambiente natural, con los otros grupos, con los miembros del propio grupo y con el propio individuo. Incluye también los productos de esas actividades y su papel en la vida de los grupos. La cultura ha sido, también, interpretada de otras maneras. Los geógrafos tratan de explicar las formas de cultura como resultados necesarios del ambiente geográfico. No es del momento discutir si el medio ambiente físico sólo tiene capacidad de modificar las culturas y no crearlas, puesto que existen importantes limitaciones que deben ser tenidas en cuenta. Las culturas son el resultado de una larga adaptación al suelo y al marco de la existencia natural y adquirida.

La cultura puede llegar a actuar sobre el plano psicológico e, incluso, transformar caracteres morfológicos. Históricamente, es indudable que los valores étnicos y los valores culturales pueden coincidir. Esto

(1) ROBERT H. LOWIE: *Antropología cultural*, traducción. Fondo de cultura económica. México-Buenos Aires, 1947.

sucede cuando se interpenetran, se amalgaman y se fusionan por vía de adaptación necesaria. Jamás las culturas proceden de la raza que, por ser una resultante, no puede predeterminarlas. No es posible fundamentar las nociones de cultura y civilización en los datos puramente étnicos, porque la historia de las civilizaciones parece manifestar la primacía de las culturas sobre las razas. Pero sí es posible admitir, como lo hace un eminente investigador, Leroi-Gourham, una entidad más compleja, la etnia, que implique ambos conceptos. «Generalmente la noción de raza está ligada a un substrato territorial: tiene raíces geográficas; al contrario, la noción de ciclo cultural no tiene conexión con límites espaciales o temporales. Pero ¿cómo no admitir que en la base de los contactos culturales hay contactos raciales? Es preciso distinguir, entre raza y ciclo cultural, una noción intermedia que es la etnia. Se puede decir, esquematizando, que en el fundamento de la raza existen hechos o factores antropológicos, en el fundamento del ciclo existen factores tecnológicos y sociológicos; en el fundamento de la etnia existen factores políticos y económicos. La etnia es la agrupación o reagrupación de varios pueblos que pueden ser diferentes racialmente y culturalmente (que pertenecen a diferentes razas y ciclos), pero que una misma autoridad política hace vivir en un mismo cuadro» (2).

Los cambios biológicos en los pueblos se producen con lentitud. mientras que las modificaciones culturales se efectúan en cada generación. Por esto no es posible explicar los fenómenos transitorios de la cultura mediante una constante racial. Esas modificaciones culturales pueden tener por causa la evolución del genio individual o colectivo o el contacto con otros pueblos. En el caso del Africa de nuestros días este último motivo es el que ha fomentado la mutación. Las características geográficas no son las creadoras de un tipo cultural determinado, porque está comprobado que idénticos medios geográficos son compatibles con culturas totalmente distintas. Pero, en cambio, es indudable que la noción concreta de cultura se halla estrechamente relacionada a la del medio ambiente geográfico. Las culturas negro-africanas son manifestaciones de tendencias diversas porque son com-

(2) LEROI-GOURHAM ET POIRIER: *L'Afrique*, pág. 90. Presses Universitaires de France. París, 1953.

plejas y polimorfas; tan diversas y antagónicas como lo es el marco geográfico en que prosperan. Africa es el continente de los contrastes. Todo allí es polifacético. Incluso desde el punto de vista antropológico la masa de los pueblos africanos de color es compleja. En una síntesis sumaria podremos reconocer dos grandes grupos, los sudaneses y los bantus, caracterizados por su habitat distinto y sus modos de existencia notablemente diferenciados. De un lado, como preconiza Lem (3), los pueblos de la sabana que viven de la ganadería y del cultivo extensivo de las gramíneas, los *comedores de mijo*, sometidos, por lo menos en el origen y antes de una cierta fijación política y administrativa de Africa, a lentas pero constantes migraciones. De otra parte, los pueblos silvestres, que viven primitivamente de la cosecha y de la caza, que practican el cultivo de plantas de tubérculo asociado a la pequeña ganadería, los *comedores de manioc*. Son pueblos de campesinos sedentarios, establecidos en los claros de la selva tropical y ecuatorial. De ambos modos de existencia derivan dos grandes tipos de culturas: la de los pueblos nómadas y la de los sedentarios. Ambas poseen, como característica común, el que son culturas de aire libre, rurales, en todo lo que implica este término de oposición a lo urbícola. En ellas el hombre continúa existiendo en contacto estrecho y permanente con los elementos naturales. El nómada y el sedentario se distinguen en que los primeros se ligan al ciclo de la vida animal y los segundos al de la vida vegetal, de lo que resulta el traslado o permanencia de lugar. Pero ambos tienen de común esa característica relación familiar con la naturaleza. Es urgente resaltar esa circunstancia cuando procedemos a estudiar el resultado del contacto con las culturas occidentales.

Pero, claro está, que cuando analizamos un mundo tan complejo como el africano, el simple esquema que hemos anticipado, exceptúa un tercer caso que no podemos silenciar. Nos referimos a las culturas urbanas, extraordinariamente florecientes, que ha conocido el Continente en época histórica: los imperios de Ghana y de Mali lo demuestran. En ellos se asiste a una dilatada creación de ciudades y desarrollo de centros urbanos. Las civilizaciones Yoruba y Achanti tes-

(3) F. H. LEM: *Variété et unité des traditions plastiques de l'Afrique noire*, pág. 26, París, 1951.

timonian técnicas perfeccionadas, expresivas de un genio particular.

En Africa vamos a encontrar formas culturales totalmente antagónicas, desde la pastoral Hotentote a la cazadora Bosquímana; sin olvidar la gran civilización de los Yoruba, tal como la demuestran los pasmosos hallazgos de Ifé. Cuando procedemos a un estudio de los rasgos que caracterizan las culturas autóctonas de Africa no podemos pasar inadvertido el hecho de que el número de ideas elementales es limitado. En el primitivo las mismas ideas parecen una y otra vez en la forma especial que les confiere el ambiente social (folk-ideas, *Völkergedanken*). De acuerdo con los estudios más recientes, podríamos considerar a los africanos como «pre-lógicos», o, mejor aún, «pre-filosóficos» en el sentido de que pocas, porque no es posible afirmar que ninguna, tribus hayan dado testimonio claro de su necesidad de una filosofía sistemática.

Admitida la diversidad de matices que caracterizan las culturas africanas, algunos rasgos permanecen constantes y sirven para definir las. El conocimiento, por ejemplo, de la sociedad bantu, es útil para enfocar los aspectos básicos de otras sociedades muy diversas. En la sociedad bantu se concedía una gran importancia a los siguientes rasgos distintivos de la personalidad individual:

a) La fuerza y el valor, que consideran como integrado en el valor en sí y en el arrojo en situaciones dificultosas, principalmente de peligro físico. Estas cualidades se inculcaban en el trabajo de los ganados, en las luchas tribales, en las escuelas de circuncisión y en los kraales militares, particularmente entre los zulús.

b) El ingenio y la agudeza en las reuniones de las asambleas tribales.

c) La firmeza y la dignidad: que se ejemplarizaban en la persona del jefe patriarcal de la familia o del kraal.

d) La generosidad y consideración para las necesidades, sentimientos y bienestar de los demás, particularmente de los menos afortunados.

e) La reciprocidad y cooperación. La sociedad bantu es total y altamente cooperativa, como han señalado E. J. y J. D. Krieger. Hasta tal extremo que «el delincuente que atenta contra los

principios tribales y se aísla viviendo una existencia solitaria se encuentra inmediatamente en su puesto cuando la mayoría necesita de él» (4).

Pero estas características, que son válidas tan sólo en una forzada visión sumarisima de las culturas tradicionales, se han visto radicalmente alteradas por el contacto de los pueblos colonizadores. El profundo cambio operado en la sociedad tradicional africana; la subversión de todos los principios establecidos, que secularmente habían informado la vida indígena, no podría explicarse sin tener en cuenta un hecho trascendental: el monstruoso crecimiento de las urbes africanas.

En efecto, desde el nacimiento de la industria moderna, una especie de barrera, invisible pero efectiva, se ha establecido en todos los pueblos entre la actividad ciudadana y la actividad rural. La prueba más concluyente reside en que no son solamente los hombres quienes han emigrado de los campos a las ciudades, sino también los capitales, y en ambos casos esa emigración ha tomado el mismo rumbo. Estos hechos, en Africa, no se han producido súbitamente, sino que son el producto de una acción operada en el transcurso de los siglos, porque, en la mayoría de los casos que registra el Universo, se observa que el elemento estrictamente psicológico nunca deja de tener intervención. Existe cierta aversión popular hacia lo nuevo, aunque se reconozca su utilidad. Lo nuevo siempre fomenta el recelo de una generación determinada y sólo es la sucesiva la que lo adopta plenamente. Así, resultaba difícil, inicialmente, persuadir a los africanos a dejar sus aldeas y marchar a los centros industriales a trabajar para el hombre blanco. No obstante, posteriormente se han desarrollado procesos que estimulan ese movimiento, que se ha incrementado regularmente. Así, por ejemplo, ha ocurrido en el Africa del Sur con el descubrimiento de los diamantes en las postrimerías del siglo XIX, y cada nueva industria ha atraído de todas direcciones oleadas de trabajadores emigrantes. Se desplazaban centenares de kilómetros para buscar trabajo. De la proporción de ese éxodo gigantesco podemos citar el hecho de que, tan sólo entre 1936 y 1946, la población urbana nativa aumentara, en Sud Africa, en más de medio millón de personas.

(4) SELBY BANGANI NGCOBO: «The bantu peoples» in *The South african way of life*, cap. V, pág. 53-54, Ed. by G. H. Calpin, London, Heinemann, 1953.

Los motivos principales que determinan la inmigración a las urbes africanas son «principalmente psicológicas, que actúan sobre los jóvenes: el atractivo de las ciudades, la perspectiva de un salario más elevado y el deseo de correr una aventura y ganar lo suficiente para poderse casar en la aldea» (5), afirma una eminente investigadora. «Los jornales en Nyasaland, que es un país industrial, son bajos comparados con los usuales en los más altamente industrializados países de Rhodesia del Sur y la Unión de Sud Africa, donde constantemente la minería y otras industrias en incremento necesitan cada vez más trabajadores y están en condiciones de abonar altos jornales para atraerlos», se dice en un informe oficial (6). «Dinero y vestidos son las principales necesidades que ha desarrollado la presencia de los europeos» (7). «La necesidad del vestido ha crecido enormemente: mientras que antaño los niños iban, con excepción del taparrabos, desnudos, hoy cada uno posee, por lo menos, un vestido para la noche y otro para el trabajo; muchos tienen dos o tres túnicas».

El proceso de revolución industrial implica fenomenales problemas sociales y económicos. Su alcance queda indicado por el hecho de que la población urbana bantu se ha duplicado virtualmente en los últimos diez años, que el número de bantúes empleados en industrias secundarias ha aumentado en un 110 por 100 desde la guerra. Lo que es aún más importante, quizá, es el hecho de que un millón de bantus han sido desplazados de su vida tribal a una comunidad altamente industrializada. En sus reservas estaban acostumbrados a una vida donde imperaban las sanciones tribales, donde la economía ha sido una economía de subsistencia, donde virtualmente no existían las complicaciones de la vida en una comunidad industrial moderna. Tenían sus propios castigos tribales, basados en leyes y costumbres tradicionales, muy diferentes de las leyes y costumbres europeas. Hoy el emigrante deja a menudo a su esposa y familia en la reserva. En el área industrial el marido se adapta rápidamente a su nuevo trabajo, convencido de que en un par de años puede aprender lo que las poblaciones

(5) Mme. DUGAST: *Conférences du Secrétariat social de la F. O. M.*

(6) Colonial Reports «Nyasaland 1952» Her Majesty's Stationary Office, London, 1954.

(7) DENISE PAULME: *Les gens du riz. Kissi de la Haute Guinée française.* París, Plon, 1954, pág. 75.

europas han tardado generaciones en adquirir. Se adapta a la moral, al código de conducta y a las leyes del nuevo ambiente. Sus condiciones de vida frecuentemente son inadecuadas como lo son en todas las nuevas ciudades industriales, y el resultado es que el nivel de moralidad sexual, que es alto en las tribus bantus, es deplorablemente bajo en las ciudades. No es sorprendente que el crimen y la enfermedad sean la secuela de la excitación provocada por la ruptura de la vida familiar. «El trabajador de la ciudad adquiere las superficialidades de la civilización blanca, el analfabetismo desaparece más rápidamente en las áreas urbanas que en las reservas. Cuando aprende a leer los diarios propios y europeos, como tiene oportunidades de escuchar la radio y de acudir a los cines, el bantu urbano debe inevitablemente comenzar a preguntarse qué futuro le espera. Su jornal, como trabajador no especializado, es ordinariamente del quinto al tercio del de un europeo, y le resulta difícil llegar a ser trabajador especializado en el sentido técnico de la palabra. Sus facilidades de diversión son desdeñables comparadas con las de los europeos; sus oportunidades educativas son limitadas; no tiene participación en el gobierno de su propia ciudad, está «fuera de la frontera de la constitución». Sus desplazamientos de un lugar a otro están controlados por las autoridades urbanas, y todos los nativos, con escasas excepciones, están obligados a llevar pases o tarjetas de identidad, que deben solicitar a la policía. Su resentimiento no ha estallado aún en protestas abiertas, pero existe, sin ningún género de dudas. Está creciendo su sentimiento de resentimiento» (8).

La diferenciación del siglo XIX se cambió por necesidades económicas en el siglo XX en la integración en el campo de la industria y la minería. Pero no en el campo de las relaciones sociales y humanas, donde ciudades separadas y sanciones morales y legales actúan contra la integración en el matrimonio, deporte, religión y educación. La paralela urbanización de millones de europeos y nativos que tuvo como consecuencia el abandono de la bien controlada vida de una sociedad pastoral o tribal y su adaptación a las condiciones de una gran comunidad industrial ha provocado problemas fundamentales comunes a todos los países que han conocido la moderna industrialización. La

(8) DAVID MARQUARDT: «¿Quo Vadis?» in *The South african way of life*. London, Heinemann, 1953.

emigración en gran escala provoca eventualmente la desintegración de la vida familiar y el declive de la estructura tribal; y una vez que las sanciones tribales desaparecen son difíciles de reemplazar. De aproximadamente 413.000 adultos masculinos hábiles en Nyasaland, se calcula que unos 150.000 estaban ausentes del Protectorado en 1952, y se registra un incremento en 1951 de más de 2.000.

Naturalmente este tipo de migración ejerce sus efectos en la estructura y en la conducta de los africanos en sus áreas tribales y aldeas primitivas. Un grave problema lo constituye la ausencia de hombres de las comunidades tribales, cuando son más necesarios en los campos. «Es cierto que para territorios como Basutoland, Swaziland, Bechuanaland y Nyasaland, donde la superpoblación está unida a una falta absoluta de industria local y de explotación minera, el único medio de asegurar ingresos económicos en el territorio es la exportación de trabajadores masculinos destinados a las florecientes comunidades industriales de otros territorios africanos al Sur del Sahara» (9). Parece que «en los más importantes centros industriales del Continente existe sólo un reducido número de africanos que pueden describirse como verdaderamente «urbanizados», que no han conocido más que la vida de la ciudad, porque han nacido en ella. Alrededor de este núcleo se puede hallar una gran proporción de trabajadores industriales que pueden clasificarse en varias categorías determinadas por el grado de permanencia en la ciudad o en las áreas industriales. Las rápidas transformaciones realizadas en el curso de los últimos años, en la totalidad de los territorios africanos, han acelerado el movimiento de decadencia. «La explotación intensiva, la industrialización con los proletariados que desarrolla, el crecimiento desmesurado de los centros urbanos, los trastornos sufridos en las estructuras políticas y religiosas, la sustitución de una economía monetaria y mercantil a las anteriores relaciones personales, la amplia difusión de los objetos manufacturados; todas ellas son condiciones nefastas al mantenimiento o a la renovación del arte tradicional». afirma Balandier (10) en un magistral estudio.

En Africa central los hombres se dirigen a las explotaciones forestales o algodoneras, hacia las minas o las empresas de construcción.

(9) DAVID NIDDRIE: *The road to work*. Rhodes-Livingstone Institute Journal, 15, pág. 31, Lusaka, 1954.

(10) GEORGES BALANDIER: *Les conditions sociologiques de l'art noir*, página 58, París, 1951.

Todo un pueblo de funcionarios, comisionistas, comerciantes y campesinos se emplea únicamente en la administración y el aprovisionamiento de estos trabajadores. «El hombre africano, mal preparado para adaptarse a tal economía de explotación y rendimiento, queda totalmente desvirtuado por ella. En compensación trata de obtener el mayor dinero posible, la máxima abundancia de bienes» (11). Los rasgos originales se esfuman; una civilización bastarda tiende a constituirse a imitación de la ciudad europea, a consecuencia de la enseñanza recibida en las escuelas o bebida en la prensa, los libros, las películas. Los vestidos, la vivienda, los géneros de vida se uniforman. El sentido estético se transforma. Los cantantes modernos rivalizan con los cantos tradicionales. Pérdida de la conciencia clásica, ruptura de la tradición. La influencia de los centros urbanos y de los poblados de trabajadores se afirma. Las «maneras» y las modas de Brazzaville o de los grandes centros se extienden rápidamente a lo largo de las vías de comunicación. Una civilización de tipo urbano tiende a recubrir el antiguo fondo cultural propio de los pueblos agricultores y cazadores. Una tal subversión, que se prosigue a ritmo acelerado, destruye los géneros de vida y las creencias, los valores eficaces y las normas de conducta, las prácticas religiosas y las manifestaciones estéticas.

La soledad y el abandono del hombre en un mundo materialista y materializado produce agudas consecuencias. El individuo extraviado, aislado de formas de vida que le son consustanciales, no encuentra la manera de habituarse a los nuevos moldes y se siente invadido de una angustia cósmica que puede desembocar en los cauces más opuestos. En el caso de que sea una perpetua decepción la resultante de ese proceso psicológico, se produce el menosprecio a los valores espirituales. Este hecho debe anotarse con caracteres de relieve, y encierra la clave de algunos problemas, aparentemente confusos, que se desarrollan actualmente en Africa.

Claro está que junto a estos hechos negativos que apuntamos se han producido también consecuencias favorables, como es la mutua comprensión entre entidades raciales tradicionalmente antagónicas. Un destacado profesor nativo, el doctor Bangani Ngcobo, señala que «contactos muy estrechos entre las diversas tribus en la escuela, en los distritos laborales, en las áreas urbanas y el efecto de los mutuos matri-

(11) GEORGES BALANDIER, op. cit., pág. 65.

monios han ocasionado una modificación en las desfavorables actitudes y puntos de vista de las diferentes tribus entre sí» (12).

Cuando se analizan los factores que, en mayor grado, contribuyen a fomentar el vigente estado de cosas, podemos considerar que el progreso en los medios de transporte ocupa un primerísimo plano. Pero su influencia no se ejerce tan sólo en un sentido negativo, de favorecer el contacto de muchedumbres nativas con el espectáculo de formas de vida evolucionadas, sino en el positivo de permitir la relativa convivencia en el seno de su medio natural a grandes masas humanas, porque es posible afirmar que la gran facilidad de permanecer en contacto con las urbes, merced a las líneas de autobuses, ha contenido la total despoblación rural. Muchas empresas de gran potencia han establecido servicios gratuitos de autobús para recoger a los trabajadores en sus aldeas y trasladarlos a las factorías. Claro está que con los medios de transporte no se facilita tan sólo los desplazamientos de hombres y mercancías, sino también la divulgación de ideas. El doctor Munger analizaba recientemente el tema en una obra interesante (13), describiendo la importancia que en la difusión de ideas y noticias en Uganda tienen los conductores de autobuses y los ciclistas. También Schapera indica que «en los últimos años la bicicleta ha sido generalmente adaptada como medio de transporte en el Transvaal», y ha estudiado la intervención que ha tenido en los profundos cambios ideológicos. Los problemas sociales conectados con el desarrollo de los servicios de transporte motorizado son muy diversos. El autobús enlaza hoy en día vastos territorios africanos que carecen de líneas férreas. Ha destruido la inaccesibilidad rural y ha traído a los habitantes de las zonas aldeanas la oportunidad de realizar frecuentes visitas a ciudades distantes y centros comerciales de importancia. En último término ha puesto ante los ojos de grandes muchedumbres el espectáculo y la tentación de una vida en apariencia más grata, fomentando la subversión de principios. Por esto en las áreas tribales y aldeanas la agricultura se halla en declive por la ausencia, temporal o permanente, de las poblaciones masculinas. Este hecho ha sido descrito por De Briey (14)

(12) SELBY BANGANI NGCOBO, op. cit., pág. 52.

(13) EDWIN S. MUNGER: *Relational patterns of Kampala, Uganda*. The University of Chicago, 1951.

(14) P. DE BRIEY: *Industrialization and social problems in central Africa*. Int. Lab. Review, LXIII, mayo 1951.

con dramáticos caracteres, que son válidos para los más distantes confines africanos. Así, en un reciente estudio publicado por el I. F. A. N., se dice: «El proletariado naciente lo constituye la masa de los peones y pequeños obreros, de quienes no tienen en Cotonou residencia fija y que viven hacinados en minúsculas habitaciones alquiladas. Son los que viven sin familia y que pierden rápidamente contacto con ella, los que forman el público permanente y agitado de las salas de cine y la clientela asidua de los bares. Son esos jóvenes que han perdido totalmente su civilización ancestral y no han adquirido aún la occidental. Se permiten mostrarse insolentes con los viejos sentados ante su puerta y hacia los europeos con quienes se codean diariamente. Son, en fin, aquellos a quienes aludía recientemente M. Durand-Reville, cuando decía que «los dos aspectos esenciales de los problemas africanos actuales son: el desarrollo de la inmigración europea, que provoca poco a poco un proletariado europeo, cuya existencia en Africa debía restringirse... y el desarrollo de las aglomeraciones compuestas de autóctonos, desvinculados del campo africano, y que están más o menos propensos a la inacción». Lo que es válido para el africano lo es también para el europeo. Y M. Durand-Reville une muy justamente ambos problemas, que frecuentemente en la ciudad se originan simultáneamente (15).

Así, el prolongado contacto de los occidentales ha trastornado las sociedades tradicionales que se habían elaborado lentamente en el corazón de una naturaleza más hostil que indiferente. Las creencias sobrenaturales, cuando no han desaparecido, viven en la clandestinidad. El arte ha perdido, de tal modo, su razón profunda de existencia al centrarse en el progreso material, tal como es la pauta occidental, la razón definitiva de la vida. Esta idea directriz choca violentamente con la que ha informado las sociedades tradicionales y el alma de los pueblos negros, que son, como afirma un gran poeta de su raza, Aimé Césaire:

«Aquellos que no han inventado la pólvora ni el compás,
Aquellos que no han dominado el gas ni la electricidad,
Aquellos que no han explorado los mares ni los cielos.»

(15) J. LOMBARD: *Cotonou, ville africaine*. Etudes Dahoméennes. X, páginas 127-128, 1953.

No compartimos en absoluto las ideas del poeta apologista de las «sociedades destruidas por el imperialismo», de la revolución marxista y del proletariado (16), pero sí hemos de reconocer que en esa breve estrofa ha sabido condensar uno de los rasgos más característicos del alma africana: la incapacidad, por aversión, a todo cuanto, por materialismo, impregna la cultura occidental.

Un distinguido científico, de raza africana, escribe que: «Los bantus admiten fácilmente la superioridad de los conocimientos técnicos europeos; también admiten que los materiales de la cultura europea son mejores y más convenientes que los que ellos tienen. Pero, al mismo tiempo, rechazan una gran parte de sus conceptos sobre la moralidad y sus hábitos, proclamando que su código moral y de conducta es superior. Para el bantu, los europeos, probablemente por el concepto materialista de la vida, han perdido sus cualidades esenciales de seres humanos» (17). Este es un hecho fundamental. En el antagonismo de ideas reposa el hecho vigente de la enemistad que alienta en Africa contra el Occidente. Jean-Paul Sartre la percibe también cuando prologa el libro de un poeta africano y exclama: «De técnica, los blancos lo conocen todo. Pero simplemente rozan la superficie de las cosas sin advertir la esencia de la vida. La negritud, por el contrario, es una comprensión totalmente simpática. El secreto del negro es que las fuentes de su existencia y los orígenes del Ser son idénticos» (18). Una innata prevención dominó al nativo en todas las épocas. Habitados a una vida comunitaria sencilla y pastoral, intuyeron en el hombre blanco un enemigo que amenazaba su existencia. Nació así el mutuo temor y recelo que han heredado sucesivas generaciones de ambas razas. Y el secreto reside, como hemos anticipado, en la propia índole anímica. El alma negra es inmensamente compleja. Sartre dice que «si deseamos una interpretación de esta metafísica (la africana) debemos decir que una poesía agrícola se opone a una poesía ingenieril». Se está de acuerdo en reconocer al negro un «alma de campesino» (19). Está unido por vínculos irreductibles a la tierra. En las so-

(16) AIMÉ CÉSAIRE: *Discours sur le colonialisme*. Ed. Reclame. París, 1950.

(17) SELBY BANGANI NGOBO, op. cit., pág. 56.

(18) J. PAUL SARTRE: «Orphée Noir» *Préface à l'anthologie de la nouvelle poésie nègre et malgache de langue française*, de L. Sedar Senghor. Presses U. de France, 1948.

(19) G. HARDY: *L'Art nègre*. París, 1927.

ciudades negras, colectivistas y fuertemente jerarquizadas, la familia asume un papel capital. La religión de los negros es, simultáneamente, agraria y familiar. Representa una concatenación de doctrinas, un verdadero sistema donde el espiritualismo ocupa el primer término. Pero la auténtica realidad es que el prolongado contacto occidental ha socavado los fundamentos de la sociedad autóctona, alterando vigorosamente los principios religiosos y la institución familiar. Las circunstancias actuales determinan la crisis de la familia, afectada por imperativos económicos, antaño inexistentes. En un documentado estudio del I. F. A. N. se escribe: «De todas las instituciones es la del matrimonio la que ha sido más fuertemente tocada por la influencia europea; en un país en que la poligamia está admitida, la nueva economía y el cristianismo han impuesto súbitamente reglas estrictas, absolutas y contrarias a la costumbre ancestral. Esto explica la crisis que conocen los jóvenes africanos evolucionados del siglo XX y la importancia fundamental que conceden al matrimonio. Anteriormente, las formas del matrimonio eran muy diferentes según los lugares y las situaciones. Sin mencionar el cambio de mujeres, en el Dhomey se podían casar de múltiples maneras: se podía tener una mujer por herencia de uno de los hermanos; se podía casar con una joven que el padre le había reservado desde hacía mucho tiempo, o bien que el joven elegía libremente. Actualmente, los jóvenes de la ciudad tienen entera libertad de escoger su futura esposa, bajo reserva de la aprobación familiar, y es muy raro ver un padre de familia imponer un marido o una mujer a su hijo. Todas las otras formas de matrimonio han desaparecido» (20).

La condición más penosa y más difícil de resolver es la dote. Se sabe que en Africa, y particularmente en las ciudades, los jóvenes se ven forzados a pagar muy fuertes dotes para poder casarse. Este problema ha suscitado numerosas discusiones, y se han propuesto diversas reformas, pero todas las soluciones son difíciles de llevar a la práctica. Las exigencias económicas del momento presente hacen difícil el matrimonio para amplios sectores de la población. Las dotes, requisito tradicional esencial, son exorbitantes. La doctora Paulme asegura que: «evaluada en piezas de algodón hilado por las «hermanas» del marido la dote implica una cantidad considerable: de 100 a 200

(20) J. LOMBARD, op. cit., págs. 144-145.

francos antes de 1940, ha pasado en 1948 a varios miles de francos. La dote comprende también, obligatoriamente, cierto número de cabezas de ganado, que el negociador escogido lleva a los padres de la novia: bueyes, borregos, gallos y gallinas» (21). «Entre los Haussa y los Bariba la dote tiene un carácter simbólico: de tres a cinco mil francos; entre los Nago las sumas reclamadas son bastante moderadas. En las otras poblaciones, los valores exigidos por los padres de la novia son muy considerables; varían evidentemente, según sea la futura esposa: es cierto que por una mujer que ha estado casada no se pide más que una dote pequeña, e inclusive nada absolutamente; por una joven alocada no se muestran tampoco exigentes. Las dotes varían también según la situación de la familia» (22). Se calcula que, a razón de un salario medio, descontados los gastos normales, un joven debe esperar catorce años para poder casarse. Debido a esto se ha calculado que la edad media del matrimonio es de los veinticinco a treinta años, lo que es excesivo teniendo en cuenta las características fisiológicas del africano. Una consecuencia del precio excesivo de la dote es la excesivamente larga duración del noviazgo; en efecto, el joven, después de haber gastado lo necesario para pagar la primera dote, debe esperar largo tiempo para economizar la cantidad suficiente para los regalos que le siguen. Incluso podría considerarse feliz, si en el intervalo un fallecimiento en la familia de su futura mujer no le obliga a participar en los gastos funerarios como la costumbre impone». El noviazgo se prolonga mucho tiempo, y considerando los jóvenes que su primera dote hace oficial el matrimonio, viven maritalmente. Frecuentemente la joven queda embarazada, y las familias precipitan entonces la boda, transigiendo sobre la dote, que entonces se hace simbólica. Todo transcurre bien si el joven desea desposarse con su prometida. Pero ocurre que, en ocasiones, el matrimonio no se efectúa, y la joven, renegada por su familia, engrosa la masa de las mujeres llamadas «libres» (23).

«Como consecuencia de los precios excesivos de la dote, es preciso citar el «matrimonio de ensayo», costumbre reciente, que está muy en boga en Cotonou. Impresionado por el valor actual de la dote y es-

(21) DENISE PAULME, op. cit., pág. 99.

(22) J. LOMBARD, op. cit., pág. 148.

(23) J. LOMBARD, op. cit., pág. 151.

plantado ante los principios cristianos de la indisolubilidad conyugal. El joven teme las consecuencias de un divorcio o una repudiación. Por ello antes de ligarse por completo, prefieren tener una experiencia, que durará un año, dos o a veces más» (24). «El amor al dinero es tan grande que empuja a ciertas mujeres a disolver sus matrimonios. Cuando traban amistad con un hombre de posición le incitan a divorciarse para poder casarse en seguida con él. Estas mujeres comienzan en Cotonou a ser muy numerosas» (25).

La preocupación que estos hechos causan se traducen en intensas investigaciones de los organismos técnicos para determinar el alcance real y la trascendencia del problema. En Nyasaland se han verificado estudios para determinar los efectos del aislamiento en los índices de migración, pero los resultados no son concluyentes (26). Intensa labor realiza también el Rhodes-Livingstone Institute, cuyas técnicas se aplican especialmente a Copperbelt, la mayor concentración industrial de Africa central.

Las formas que las sociedades humanas adoptarán en el curso de los próximos siglos son aún imprevisibles, y por ello no es posible augurar el porvenir de unas comunidades humanas tan heterogéneas como las que alientan en Africa. Las características generales que presentan son las de una civilización que ofrece las posibilidades de transformarse en una compleja unidad para el acercamiento y el desarrollo de las diferentes culturas de los pueblos que la componen.

JULIO COLA ALBERICH

(24) J. LOMBARD, op. cit., pág. 152.

(25) J. LOMBARD, op. cit., pág. 159.

(26) MARGARET READ: *Migrant labour and its effects on tribal life*. Int. Lab. Review, XLV, 6, junio 1942.

